



SOBBE CUBIERTA — Cuadro de ALVARO ALCALÁ GALIANO.



¡DESPEDIDA! — Cuadro de RICARDO BRUGADA.

Fotografías de Hijos de Mateu.

DOS NOBLES

Después que algunos periódicos dieron cuenta del lance verificado entre el marqués de Mica y el joven doctor Rubén, nadie volvió á ocuparse del último que, según las hipótesis más generales, abandonó la Capital, buscando en el extranjero un punto de residencia.

La historia de la ruptura entre los combatientes, es la historia eterna con pequeñas modificaciones. Dos hombres que, identificados por antigua amistad, tienen las mismas inclinaciones. Una chispa de amor que brota á un tiempo, en el pecho de ambos. Y una mujer caprichosa y voluble, que aviva el sacrosanto fuego, convirtiéndole en hoguera de odio entre los enamorados.

Elvira conoció el mismo día á los dos. Los dos la parecieron igualmente aceptables. Y á los dos dió las mismas pruebas de simpatía, con esa galantería estudiada é hipócrita que caracteriza á la mujer coqueta.

Algo más enamorado y vehemente que el marqués, anticipóse Rubén, manifestando á Elvira su cariño, y hablándola de recíprocos y futuros días de ventura.

La resolución de Elvira fué satisfactoria.

Elvira y Rubén vivieron algún tiempo, sin que al parecer turbara su amante dicha el menor contratiempo.

Pero lejos de despistar al marqués, la elección de Elvira aumentó su deseo. A las cartas en que expusiera su pasión y su despecho, sucedieron las entrevistas en que habló á Elvira de sus títulos y su dinero. Cególa el interés... y anulando con la misma facilidad conque lo contrajo, su serio compromiso con Rubén, olvidó la tranquila ventura que representaban la honradez y el amor de éste, para soñar con las vanas pompas inherentes á la corona del rival.

Desde el día en que Elvira desatendió el cariño de Rubén, los íntimos de la niñez y de la adolescencia, fueron los más encarnizados enemigos.

La volubilidad de Elvira, era motivo ineludible para un duelo. Ciegos de odio los rivales, desearon unánimemente que el lance fuera excepcional. Y reunidos los padrinos de ambos, acordaron que el duelo se verificara á pistola; á diez pasos y á tiro aplazable.

Una noche en que la luna brillaba en el cielo con fulgor más vivo que nunca, dos coches tirados por briosos caballos, llegaron con corta diferencia de tiempo al pie del ruinoso castillo de Brisman, que se levanta solitario en una inmensa llanura festoneada por un riachuelo.

Al poco rato, un grupo de hombres que habían conversado breves momentos en la sombra que proyectaban los viejos muros, se dirigió al centro de la explanada é hizo alto. Dividióse en dos secciones que dieron algunos pasos en dirección opuesta. Al hacer alto nuevamente, dos hombres, uno de cada sección, marcharon sobre la derecha, dando luego frente á los respectivos grupos.

—¡Fuego!—gritó una voz, interrumpiendo el misterioso silencio de la noche.

Una detonación intensa y seca siguió casi instantáneamente á la voz de mando.

—¡Reservo el tiro!—exclamó otra voz, antes que el eco repitiera la detonación.



En seguida las secciones se fundieron, dirigiéndose hacia el castillo y alojándose en los coches que partieron á escape.

Al día siguiente, la prensa daba cuenta del suceso, suponiendo terminada la cuestión de honor entre el marqués de Mica y el doctor Rubén.

El palacio de los marqueses de Mica, presentaba el aspecto de las grandes solemnidades.

La puerta principal, adornada con profusión de plantas exóticas, estaba custodiada por dos criados vestidos de gran gala. En el centro de la escalera, lucía una rica alfombra de terciopelo granate, y á los lados, infinidad de flores desparramadas con artístico gusto perfumaban deliciosamente el recinto.

Se había efectuado por la mañana el enlace de Elvira Grullot con el hijo de los marqueses, y se preparaba el gran baile conque éstos invitaban á sus numerosos amigos.

A las puertas del palacio comenzaron á llegar infinidad de lujosos carruajes que conducían á la recepción á las familias más distinguidas de la alta aristocracia de la Capital.

Al continuo movimiento de los coches que llegaban, sucedió en los alrededores del palacio una tranquilidad tan sólo interrumpida por el continuo bromear de algunos servidores de la casa.

Todo indicaba que la fiesta había comenzado.

El salón de baile estaba imponente; deslumbrador. Miles de luces multicolores distribuidas en magníficas arañas, fulguraban reverberando en los trajes de seda.

Las muchachas, alegres y bulliciosas, se agitaban febriles, charlando y riendo sin cesar; y los jóvenes recorrían el salón admirando los encantos de aquéllas y dejando con frecuencia en sus oídos las más enamoradas galanterías. El cotillón iba á empezar.

Cuando la concurrencia esperaba ya impaciente las primeras notas de la orquesta, un joven de aire distinguido y modesto, llegó á la puerta del salón, deteniéndose en ella y lanzando vagas miradas en todas direcciones. De súbito, avanzó entre la muchedumbre, que asombrada le dejaba paso franco, y se detuvo junto á un grupo en que el recién casado conversaba despreocupadamente.

—¿Os acordáis de Rubén, vuestro amigo de muchos años?—preguntó el que llegaba, después de saludar cortésmente al marqués.

—No puede olvidarse tan pronto—contestó éste con visible emoción—un cariño que tuvo enclavadas sus raíces en lo más recóndito del alma.

—¿Recordáis que la fatalidad, cuando fuimos hombres, convirtió en odio tremendo el bendito afecto de la niñez? ¿Que una noche en que la luna brillaba cual nunca, como queriendo infiltrar su luz en nuestras oscurecidas inteligencias, nos jugamos...?

—¡La vida!—interrumpió el marqués señalando con la mirada á Elvira, que en un ángulo de la habitación presenciaba aterrorizada la escena.—Recuerdo bien que en tal jugada perdí yo. ¡Aquella vida... es vuestra, Rubén!

—Y yo, con el blasón de otra nobleza, os la ofrezco como regalo de boda. Ojalá—prosiguió—os sea tan lozana y tan próspera como era para mí cuando me la robásteis.

Y abandonó el salón con paso vacilante.

A. HERNÁNDEZ Y CID

Dibujo de JOSÉ PASSOS.



ALEGORÍA DEL MES DE JULIO

D. JAIME EL CONQUISTADOR

(EFEMÉRIDES ILUSTRADAS).

Don Jaime I de Aragón alcanzó, por sus gloriosas hazañas, el sobrenombre del *Conquistador*, y estuvo muy cercano á recibir los honores de Santo. Nacido en Montpellier en 1208 sucedió á su padre, Pedro II, cuando apenas contaba seis años. Puesto por los aragoneses bajo la tutela del gran Maestre Guillermo de Moredon, muy joven se hizo cargo del cetro, sometió al Vizconde de Bearne y al Señor de Albarraçin y comenzó la serie de triunfos que debían alcanzarle tan alto renombre.

Decidido á expulsar de España á los árabes, fijó su vista con tenaz empeño en Valencia. Bien pronto se dirigió contra esta ciudad, puso cerco á Peñíscola, se apoderó de Lérida, Torres-Torres y distrito de Murviedro, sitió á Burriana, y se hizo dueño del Castillo del Puig, punto avanzado que debía servirle de apoyo para la toma de Valencia, empresa que acometió *puesta la esperanza en Dios y en el brío de sus soldados*.

Gobernaba á Valencia el walí conocido por *Zaen*, quien al saber los intentos de Don Jaime, hizo publicar en todas las mezquitas la *gaxna* ó guerra santa, disponiéndose para una formidable resistencia.

Ganados por Don Jaime buen número de castillos, llegó frente á Valencia con un numeroso y lucido ejército que ascendía á setenta mil infantes y dos mil jinetes, venidos de Cataluña, Aragón, Castilla, Provenza, Inglaterra,

Francia é Italia; obispos, abades, cruzados de Palestina; y los temibles almogávares, que ocupaban la vanguardia, orgullosos de pelear á las órdenes de Don Jaime.

Los almogávares tomaron á *Ruzafa* (casa de recreo); pero los resueltos y denodados caballeros y soldados de Lérida fueron rechazados en sus repetidos ataques por los moros.

Estableció el Monarca su cuartel general en Ruzafa, extendiendo el ejército cristiano en una inmensa línea, á fin de bloquear por completo la ciudad; logrando apoderarse, tras de sangrienta lucha, del arrabal ó cuartel *Sharea* ó *Xarea*. Pero los árabes se mantenían firmes, y en una salida que hizo su caballería propúsose la destrucción de las compañías francesas que mandaba el arzobispo de Narbona, atrayéndolas á una emboscada. Conoció Don Jaime el peligro, y corrió á impedir la derrota de aquellos valerosos cruzados, ordenándoles que se retirasen; mas al volver casualmente la cara, para observar á los moros, llevando levantada la celada del casco, un ballestero enemigo, que le seguía, le disparó un proyectil dejando clavada una arista sobre la ceja izquierda del Rey, quien al sentirse herido se arrancó fieramente la saeta, desmenuzándola con sus propias manos. La sangre que manaba de su herida le cubrió el rostro y la barba, pero él se la limpió tranquilamente y, riendo, atra-



ENTRADA TRIUNFAL EN VALENCIA DEL REY DON JAIME EL CONQUISTADOR

Cuadro de J. RICHART.

Fot. J. Laurent y C^a

vesó por entre las filas de los soldados, que le contemplaban silenciosos, hasta llegar á su tienda, donde fué curado, tornando á salir en breve y recorriendo el campamento.

Caballeros y soldados juraron vengar de un modo terrible la herida de su Soberano, y ya nada pudo detener su empuje, ni resistir su acometida. Los asaltos se sucedieron, las proezas de los soldados cristianos fueron en aumento, y aunque los sitiados resistieron con brío, como los sitiadores atacaban con imponderable valor, los moros comprendieron que su fin estaba cercano y que su caída era inevitable.

Tras de varias peticiones de treguas y capitulación negadas por el Rey á los árabes, presentóse, primero un mensajero, solicitando audiencia para un embajador, que venía á tratar de la entrega de Valencia; y luego el embajador *Abu-el-Melet*, acompañado de doce caballeros moros; ajustándose la entrega de la ciudad, castillos y villas de aquella parte del Júcar,—salvo los de Denia y Cullera,—bajo las siguientes condiciones, que prueban el magnánimo corazón del Monarca cristiano:

Seguro en sus vidas, armas y haciendas muebles, para cuantos quisieren abandonar Valencia;

Seguro igual para cuantos moros resolviesen permanecer en la ciudad.

Plantado el estandarte real con la cruz de Cristo sobre la torre *G'Ali-Abulfald* (después Torre del Temple), Don Jaime con su esposa, á la que había hecho venir del Puig, y una lucida hueste del ejército cristiano penetró en Valencia, el día 9 de Octubre del año 1238.

El celebrado artista Fernando Richart trasladó al lienzo, con sin igual fortuna, la hermosa escena de la entrada del rey Don Jaime en la ciudad de las flores; y su cuadro, presentado en la Exposición de Pinturas de 1884, alcanzó

uno de los primeros premios. ALBUM SALÓN cumple hoy un gráfisimo deber al publicarlo.

El valeroso Monarca concedió á sus heroicos y sufridos auxiliares una buena parte de las tierras conquistadas; dotando á Valencia y su reino de una constitución cuya redacción encomendó á los obispos de Aragón y Cataluña, y á diez y seis hombres buenos de la ciudad, á fin de que todos tuviesen su legítima representación en aquella verdadera Asamblea.

La vida de Don Jaime fué una serie no interrumpida de triunfos, de glorias y de conquistas. Enfermo de calenturas murió el insigne caudillo de la Cruz, en el camino de Valencia el día 27 de Julio de 1276, á los sesenta y ocho de una vida sin mancha.

Su retrato puede trazarse en pocas líneas.

Soldado, á los nueve años; general, á los veinte; conquistador á los veinticinco, de las Baleares, Valencia y Murcia; padre afortunado, hasta el punto de que una de sus hijas llegue á santa; príncipe tan famoso que varios reyes le toman por juez de sus litigios, y el mismo Papa le otorga un asiento en sus Concilios; monarca tan temido que el Kan de Tartaria y el Sultán de Babilonia le rinden homenaje; hombre tan discreto que le siguen y rodean los sabios y los trovadores; amador tan entusiasta de las letras, que funda estudios en Lérida, Perpiñán y Montpellier; legislador tan recto que á él se debe la formación del *Concejo de Ciento* de Barcelona; caudillo tan glorioso que bajo sus órdenes vienen á pelear los más intrépidos soldados de Europa, Don Jaime de Aragón es considerado por muchos y muy notables historiadores como el primero de los reyes de la cristiandad.

E. RODRÍGUEZ-SOLÍS